

Alfonso Múnera. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Banco de la República-El Áncora Editores, Bogotá, 1998

La lectura del libro del historiador Alfonso Múnera constituye, sin lugar a dudas, uno de los más estimulantes ejercicios académicos para los interesados en la historia regional colombiana, ya que por su nivel de teorización, sus desarrollos metodológicos y el manejo de la realidad histórica del Caribe colombiano es un importante modelo para replantearnos la forma de estudiar la llamada «historia nacional».

El libro inicia con una crítica a los elementos fundacionales de la nación mostrando que fueron establecidos por José Manuel Restrepo en su *Historia de la Revolución en Colombia* desde la década de 1820 y que han sido reproducidos sin ningún examen por prácticamente todos los historiadores colombianistas, tanto nacionales como extranjeros. En este aspecto, Múnera continúa con la crítica iniciada por Germán Colmenares a una de las obras historiográficas colombianas que ha sido considerada como más sólida dado el conocimiento y la cercanía que el autor tenía con los hechos que narraba.¹ No olvidemos que la crítica de Colmenares, bien expuesta en algunos de sus ensayos de *Las convenciones contra la cultura*, se orienta a mostrar que hay una serie de tensiones en la obra de Restrepo: entre el imperio de la ley, el afianzamiento de instituciones permanentes y las pasiones individuales y colectivas, que subyacen al problema de la formación del Estado y a la necesidad de mantener la integridad de la nación. También evidencia la existencia de tensiones sociales que se enmarcan en el conflicto entre la élite y lo popular.

1. Una versión más amplia de los argumentos de Germán Colmenares aparece en su artículo «La historia de la revolución de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica», en *Revista de Extensión Cultural*, n° 19, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, julio de 1985. Este mismo artículo puede consultarse en Germán Colmenares *et. al.*, *La Independencia. Ensayos de Historia Social*, Colcultura, Bogotá, 1986. Desde este punto de vista, Colmenares orienta su crítica más a una concepción de la historia y a su función, mientras que Múnera critica justamente lo que Colmenares consideraba más sólido: los hechos históricos mismos.

Restrepo pretendía sustentar la nación con base en elementos históricos -de carácter político- y no culturales, ideológicos o económicos, lo que puede ser resumido, según Múnera, de la siguiente forma:

1. La existencia de una unidad política constituida desde el Virreinato de la Nueva Granada y que pretende tener como centro a Santa Fe.
2. La idea de que la élite bogotana se levantó en 1810 para crear una nación independiente y que contra este loable propósito conspiró «el genio del mal» introduciendo divisiones que fueron encabezadas por la élite de Cartagena.
3. La afirmación de que la independencia de la «nación colombiana» fue obra única y exclusiva de las élites, pues los sectores populares apoyaron a la corona española.

Un seguimiento de la forma en que estos tres elementos han sido reproducidos por los modernos estudiosos del proceso de independencia permite a Múnera elaborar un excelente estado de la cuestión. En él resalta la forma en que muchos historiadores han abordado el estudio de la historia nacional, sin realizar un ejercicio mental que permita mirar los elementos constitutivos de la Nación colombiana, lo que lleva a que la «nación» deje de ser un concepto con contenidos teóricos y sea vista, única y funcionalmente, como un espacio integrado políticamente por instituciones coloniales, en este caso las del Virreinato. Múnera muestra cómo esta concepción viene desde el historiador Restrepo hasta historiadores modernos que aceptan que la independencia de una nación que, supuestamente existía desde la época colonial, fue obra exclusiva de la élite criolla.

Esto incluye a su vez otra afirmación mediante la cual el autor demuestra cómo varios historiadores contemporáneos, inmersos en esta forma elitista de ver la historia, adoptaron sin mucha crítica las tesis de Benedict Anderson sobre la existencia de unas «comunidades imaginadas» que colocarían las bases del nacionalismo: incluso llega a criticar algunos estudios que plantean la existencia desde la época colonial de un supuesto «protonacionalismo» que, desde luego, sólo podía ser desarrollado por la comunidad de criollos ilustrados, lo que constituye una continuidad acrítica en las visiones elitistas de la historia de Colombia que se impusieron desde la independencia. En la base de esta concepción histórica está el

hecho de que dichos historiadores sólo han visto a los sectores dominantes criollos como el único «agente histórico» en las luchas de independencia y se olvidan, al igual que Restrepo, de la participación de otros sectores, en este caso los subordinados, populares o subalternos. Este elemento de explicación histórica aparece teóricamente soportado en el libro de Múnera en una abundante historiografía internacional, aunque llama la atención que no hace mucho uso de la historiografía latinoamericana que aborda este tema.²

Todas estas críticas y soportes teóricos permiten plantear sus tesis fundamentales que controvierten no sólo los planteamientos de Restrepo, sino también los de prácticamente todos los autores que han escrito acerca de la independencia:

1. «La construcción de la nación fracasó porque la Nueva Granada como unidad política no existió nunca».
2. «Al estallar la independencia no hubo una elite criolla con un proyecto nacional, sino varias elites regionales con proyectos diferentes.»
3. «Que las clases subordinadas tuvieron una participación decisiva, con sus propios proyectos e intereses, desde los orígenes de la revolución de independencia.»

2. Múnera reconoce que quizás las fuentes que utiliza para estudiar «lo popular» no son las más pertinentes. Aunque no quiero plantearlo en términos de crítica porque no conozco las circunstancias y limitaciones en que la investigación se llevó a cabo, no deja de llamarme la atención el hecho de que no utilizó de ningún autor latinoamericano para estudiar la participación popular en los hechos de independencia. A modo de ejemplo menciono solamente algunos: René Danilo Arze Aguirre, *Participación popular en la independencia de Bolivia*, Fundación Cultural Quipus, La Paz, 1987; Eduardo Pérez, *La guerra irregular en la independencia de la Nueva Granada y Venezuela. 1810-1830*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1982; Francisco Zuluaga, *Guerrilla y sociedad en el Patía*, Universidad del Valle, Cali, 1993; del mismo autor: «Clientelismo y guerrillas en el Valle del Patía, 1536-1811» en Germán Colmenares *et. al.*, *La independencia...*, cit.; Gerardo León Guerrero, *Pasto en la Guerra de Independencia 1809-1824*, Tecnimpressores, Bogotá, 1994; Alonso Valencia Llano, «Élites, burocracia, clero y sectores populares en la independencia quiteña (1809-1812)», en *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, N° 3, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Tehis, II Semestre, 1992; Heraclio Bonilla, «La oposición de los campesinos indios a la república peruana: Iquicha, 1827», en Heraclio Bonilla y Amado Guerrero, ed., *Los pueblos campesinos de las Américas. Etnicidad, cultura e historia en el Siglo XIX*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1996. Quedando por enumerar los muchos estudios que existen acerca de la participación popular en Pasto, en apoyo de los realistas.

Superando las dicotomías analíticas

La forma de lograr la demostración de estas tres propuestas resulta, también, muy interesante y puede ser utilizada como modelo para investigaciones sobre la historia regional, pues «no se deja meter» en la dicotomía «región-nación», sino que realiza justamente un análisis más fino al desarrollar tres tipos diferentes de estudio: macrohistoria, mesohistoria y microhistoria, que no corresponde al complemento nación-región-localidad. Es decir, Múnera no se pierde en el juego teleológico planteado por Restrepo y los otros historiadores criticados por él, que ven que la historia tiene sentido sólo como historia de la nación colombiana. Todo lo contrario, realiza un estudio comparativo de lo que hoy conforma el territorio colombiano para mostrar cómo la diversidad regional -explicada por diferentes manifestaciones culturales, por distintos procesos económicos y formas de intercambio y por la imposibilidad de vencer el aislamiento que producía la hostil geografía- impedía objetivamente que se pudiera hablar de una nación. Esto le permite mostrar lo que realmente existía: unas regiones débilmente unificadas por unas élites que pretendían controlar no sólo los factores productivos y de intercambio, sino también el dominio ideológico, político y social. Esto, desde luego, produjo choques que llevaron a que los factores de identificación de los habitantes se dieran más en torno a una ciudad que en espacios territoriales más amplios.

La aplicación de este tipo de análisis al Caribe colombiano le permite mostrar que la región sufre de una muy baja densidad demográfica que la convierte en una zona de frontera que es incorporada mediante el lento desarrollo de las haciendas ganaderas y permanentes reordenamientos que incluyeron la reubicación de algunos pueblos. Desgraciadamente este tema, que podría ayudar a entender la consolidación de procesos de mestizaje y una creciente mulatización de Cartagena, no es trabajado en forma más amplia por el autor, a pesar de los estudios que él mismo y otros autores costeños y de otras regiones han realizado.³

3. Alfonso Múnera, «Mestizaje e identidad en el Caribe colombiano», XXII Conferencia Internacional de la Asociación de Estudios del Caribe, Barranquilla, 1997; Jorge Conde Calderón, «Reformas borbónicas y reordenamiento del espacio en el Nuevo Reino de Granada. El caso de la Provincia de Cartagena en el Siglo XVIII», en *Historia Caribe*, N° 1, Barranquilla, 1995; César Mendoza Ramos, «Reformas y Resistencias en el Caribe Colombiano durante el Siglo XVIII», en *Ibidem*; Adolfo Meissel Roca,

En esta situación de marginalidad, sólo la ciudad de Cartagena parece expandirse económicamente, debido a su papel de centro de comercio de esclavos y de distribución del oro del interior, lo que la convierte en un punto estratégico para el imperio español, ya que se consolida como la entrada a los Andes. Pero precisamente, según el autor, esa ventaja estratégica va a impedir, por los temores españoles a las guerras imperiales con otras potencias europeas, que Cartagena participe en el libre comercio con el Caribe, lo que llevó a que el desarrollo económico comercial fuera buscado en el contrabando, del cual participaban no sólo las élites, sino también los sectores populares; en esta actividad está la base de las grandes fortunas de la élite y las modestas de los pardos. Muestra también cómo la amplia participación de todos los habitantes en actividades ilícitas va a relajar los principios de autoridad y a ofrecer canales de ascenso social, que van a dar la idea de un Caribe desordenado, periférico o marginal. Independientemente de estas visiones, lo cierto es que en Cartagena surge una sociedad más abierta, no obstante existir una élite local que se negaba a aceptar a «los otros» por incultos y que había hecho de la localidad su espacio de dominio. Esta élite, por su contacto con el extranjero, se había convertido en ilustrada, aunque seguía practicando las viejas exclusiones nobiliarias a pesar de estar inmersa en un amplio proceso de criollización.

Lo importante es que la élite tuvo un amplio sentido de cuerpo, que se materializó en la creación del Consulado de Comercio (1789) con ilustrados como José Ignacio de Pombo a la cabeza. Gracias a la solidaridad frente a la defensa de sus intereses corporativos, este Consulado pudo enfrentar las pretensiones hegemónicas y las críticas de los comerciantes del interior y del exterior, lo que iniciaría un conflicto que estaría presente durante todo el proceso de independencia y que muchos historiadores -en su afán nacionalista- han desconocido. En palabras del autor esto refleja una inconsistencia teórica y metodológica frente a los estudios de historia regional: «Porque -dice el profesor Múnera- por un lado se acepta que en el Siglo

«Esclavitud, Mestizaje y Haciendas en la Provincia de Cartagena. 1533-1851», en Gustavo Bell Lemus, comp., *El Caribe colombiano. Selección de textos históricos*, Ediciones Uninorte, Barranquilla, 1988. Para un énfasis comparativo con otras regiones esclavistas, como por ejemplo el Valle del Cauca, puede verse: Eduardo Mejía Prado, *Origen del campesino vallecaucano. Siglos XVIII y XIX*, Universidad del Valle, Cali, 1993

XVIII la Nueva Granada estaba compuesta por regiones autónomas y sin mayor relación entre ellas, y por el otro, a la hora de discutir su historia, la perspectiva regional desaparece para ser suplantada por la imagen de la Nueva Granada unificada, con unos intereses únicos y hasta con una idea única de su progreso».

Lo más importante -según Múnera- es que las propuestas y estudios elaborados por el consulado y hasta su proyecto de establecer una imprenta, hicieron que se les viera como un grupo políticamente peligroso y así lo fue porque de él salieron los más importantes activistas de la independencia.

Los activistas de la independencia: la élite y los sectores populares

Gracias al estudio de este ámbito regional y local, el autor puede introducirnos en el proceso de independencia de Cartagena y en la diversa participación de sus habitantes, lo cual se podría resumir en los siguientes hitos:

1. El 12 de agosto de 1809 el Cabildo respondió a los «abusos y amenazas del Virrey» y desconoció sus órdenes. Lo que significó adoptar el libre comercio en particular con los EE. UU.

Esto le permite demostrar que a pesar de enfrentarse a la primera autoridad del virreinato, el choque era entre dos élites: la de Santa Fe y la de Cartagena; lo que en el fondo constituyó una guerra de ciudades. Esto es bastante significativo, si se tiene en cuenta que la primera forma que asumió la independencia en otros sitios fue la de guerra de ciudades. Son los casos de la Revolución de Quito en 1809, con su enfrentamiento con Cuenca y Guayaquil; lo mismo ocurrió en la Gobernación de Popayán, donde las ciudades confederadas del Valle del Cauca lucharon contra Popayán y Pasto.

La observación del autor en el enfrentamiento entre Cartagena y Santa Fe y los fracasos del primer intento independentista no puede ser más acertada: el problema de la «nación» no aparece como un proyecto sino como la pretensión de la élite santafereña de imponer una hegemonía que no se basaba en construcciones sociales, económicas, culturales, o ideológicas anteriores. De allí su fracaso.

2. El 22 de mayo de 1810 el Cabildo depuso al gobernador Francisco Montes para lo que se apoyó en los sectores populares y en el Batallón de Pardos.

Deponer al gobernador y encontrar una identidad de intereses entre la élite y los pardos, llevó a que Cartagena, con la participación popular, se convirtiera en el primer sitio del Caribe donde se declaró la independencia. El autor muestra cómo los pardos actuaron dirigidos por Pedro Romero con un proyecto político y social claro: «Independencia era sinónimo de igualdad». Esto llevó a una cada vez mayor participación popular que permitía el último hecho de importancia en el proceso de independencia:

3. El 11 de noviembre los sectores populares obligaron a que el Cabildo de Cartagena declarara la independencia de España.

El acto fue una consecuencia de las inconsistencias de los representantes en las Cortes de Cádiz, quienes se negaban a aceptar la igualdad de derechos entre los blancos y los hombres que tenían «Máculas de la tierra», pues la presión popular por lograr la igualdad llevó a que en la Constitución del Estado dictada en 1812 se plasmara, por primera vez, reivindicaciones populares, sobre todo lo referente a la igualdad de derechos entre todos los hombres libres. La búsqueda de esta reivindicación que significó una separación entre la élite y los sectores populares llevaría, entre otros factores, al fracaso de la independencia, pues Cartagena debió enfrentarse sola a las ciudades vecinas ocupadas por los realistas, en particular Santa Marta y Riohacha, mientras se libraba una guerra interna que se resolvió con el sitio impuesto por Morillo en 1815.

Preguntas finales

Me quedan tres dudas: ¿Por qué Múnera prestó tan poca atención a los sectores rurales? Aunque él adelantó una respuesta en las conclusiones diciendo que ésta era precisamente la pregunta que faltaba por responder, pues no era su objetivo, no deja de extrañar al lector que se dejara de lado una de las principales características de la sociedad caribeña. Mi extrañeza radica en que en otros espacios coloniales, con sociedades mayoritariamente rurales, se dieron procesos de «arrochelamiento» -tal y como sucedió en el Caribe- que llevaron al surgimiento de sociedades alternativas, libertarias, fren-

te a la dominante sociedad esclavista que se desarrollaba en las haciendas. Esto es mucho más importante cuando en el libro se reconoce un alto grado de mulataje como característico del Caribe en general y de Cartagena en particular.

La otra pregunta es: ¿Cuál es el papel que en el consulado de Cartagena, o que entre la élite de Cartagena, con sus fuertes relaciones internacionales, juega la masonería? Y ¿cómo influyó ella en los actos de independencia? Esta, desde luego, no es una pregunta que el autor se formula y puede parecer pretensioso hacerla. El asunto es que durante el siglo XIX Cartagena fue uno de los centros más importantes de la masonería y suena extraño que esta asociación no jugara un papel destacado en la conformación del Consulado, ni en el proceso emancipador.

Y, por último, ¿por qué Múnera tituló su libro *El fracaso de la Nación*? Ese no es el tema, todo lo contrario: él muestra que la construcción de la «Nación» no fue lo que movió la independencia del Caribe, ni la de Colombia. La respuesta sólo la puede dar el autor, pero me inclino a creer que este es un pecado que cometemos los historiadores cuando seguimos sin mucho reparo los consejos de los editores.

Estas preguntas, desde luego, no empañan un libro que es un excelente modelo para reinterpretar la historia colombiana, que tan mal nos la han contado y nos la siguen contando, tal como lo demuestra el profesor Múnera.

Alonso Valencia Llano
Profesor del Departamento de Historia
de la Universidad del Valle